
CAPITULO XV.

DEFINICION DE LA INFALIBILIDAD.

Por fin el grande error iba á perpetrarse, el gran sofisma iba á definirse. La Iglesia caía en pleno absolutismo. El espíritu evangélico se borraba por completo de su tradicion y de su seno. De aquella democracia constituida por los primeros apóstoles y los primeros mártires, democracia llena del espíritu de fraternidad y de igualdad se desplomaba en extraña monarquía absoluta, inmensa, invasora, panteista, triste remedo de las antiguas monarquías asiáticas.

El Papa dirige la conciencia de la Europa latina, y los ultramontanos á su vez dirigen la conciencia del Papa. De consiguiente, jamás se encontró el espíritu moderno en conflicto tan grave con el espíritu de la Iglesia, y jamás la libertad moral de nuestra raza estuvo amenazada de un eclipse tan largo y tan profundo.

El Papa demostraba en su conducta que sólo por delicadeza habia congregado el Con-

cilio. A no tratarse de un dogma que era exclusivamente personal procediera como en el asunto de la Inmaculada Concepcion, por su propio arbitrio, atendiendo sólo á su conciencia. La Iglesia de Dios, que no cabia en el Universo, hallábase así reducida á una sola persona como los antiguos imperios asiáticos. Nada de aquellas antiguas asambleas donde se congregaban los fieles, nada de aquellos concilios donde se oía la voz del Espíritu Santo. El Papa era, el Papa es toda la Iglesia. Síntoma terrible. Las religiones han muerto siempre por separarse de su carácter celeste y caer en la apoteosis de los poderosos. El paganismo vivía en toda su grandeza y en toda su fecundidad; ponía sus cuerdas de oro en la lira de Orfeo, sus líneas divinas en el cincel de Fidias, sus inspiradas palabras en las estrofas de Pindaro, sus ideales figuras en el teatro de Esquilo y de Sófocles:

congregaba á los pueblos en aquellas Asambleas que eran como fiestas del espíritu humano y los hacia sábios hasta el punto de producir los diálogos de Platon, y héroes hasta el punto de grabar en las piedras el sacrificio de las Thermópilas, llenando de gé-nios bienhechores, desde el vapor que se levanta de las ondas de los mares hasta la sávia que corre por la fibra de los árboles. Pero en aquellos tiempos últimos de la antigua historia, toda esta obra bienhechora de civilización y de cultura se caía á pedazos sobre el podrido suelo del Imperio romano, porque los Césares, no contentos con haber esclavizado la tierra, se levantaban ébrios de orgullo á los cielos y se confundían sobre los altares con los dioses.

El gran Concilio Vaticano remedaba al antiguo Senado de Roma cuando en sus postrimerías, en vez de legislar sobre los pueblos, divinizaba á los Césares. El Padre Santo, cada vez más persuadido de su omnipotencia y de su infalibilidad, impelia á los obispos á proclamar el deseado dogma. Su convicción era contagiosa y su inextinguible ardor se deramaba en mares de palabras imprudentes. Yo, decía á todos, yo como Juan Mastai creo en la infalibilidad. Pero yo como Papa nada le pido al Concilio. Y, sin embargo, diariamente le pedia que le declarase infalible. Medios morales, medios materiales, todo cuanto habia en las manos, lo empleaba en su pró. Jamás se vió cosa semejante. Jamás los concilios de la Iglesia toleraron tamaña intervencion del Papa. En cuanto una Comision se presentaba ó un obispo iba á verle, Pio IX proferia exaltados discursos para demostrar que si como hombre era débil, como jefe de la Iglesia no estaba sujeto al error. Un jesuita de buen talante y claro ingenio decía que de progreso en progreso llegaríase á santificar, á divinizar á todos los parientes del Papa, como se ha santificado y divinizado en la liturgia cristiana á todos los parientes de Cristo. A los opositores, á los resistentes les

decía las palabras más temerarias, les dirigía amenazas más graves, dejándose arrastrar de increíbles violencias. Obispo hubo que, asaltado de terror, abandonó á Roma de prisa, y obispo que al llegar la hora de las audiencias caía en cama y llegaba á encontrarse hasta en trance de muerte. Un dia le dijo al sufragáneo de un arzobispo católico francés, que su ilustre superior estaba loco porque su ilustre superior era galicano. Cuando los discursos no le parecían suficientes apelaba á los breves. Jamás un orador se mostró tan gárrulo, tan apasionado en ninguna controversia, como aquel Pontífice; mezcla informe de sumo sacerdote y de atrabiliario periodista, de oráculo y de tribuno. Las obras de los enemigos de la Infalibilidad eran anatematizadas, su defensa prohibida; y en cambio prodigábanse toda suerte de loores á los obispos ultramontanos. Las cartas del prelado de Orleans recibían estos calificativos: «Monton de vanos sofismas, causa única de las universales perturbaciones que agitan las conciencias.» En Enero de 1870 aseguraba en medio de los debates, y poniendo su espada en uno de los platillos de la balanza, que la sana teoría religiosa era la teoría de la Infalibilidad enseñada por la tradicion, por la escritura y por los concilios. Felicitando al obispo Segur, mantenedor de una extraña teoría de que el Papa es todo, indicaba que en los opositores tenían su mayor aliado las fuerzas del infierno. Los católicos liberales eran señalados como hombres peligrosos, imbuidos de principios racionalistas, é incapaces de someterse á la sagrada autoridad de la Iglesia. El Nuncio de la Santa Sede en París, felicitaba á todos los franceses que habían abrazado el dogma de la Infalibilidad. No quedaba otro remedio sino entrar en esa heregía contra la razon ó salir del seno de la Iglesia.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de citar las inconveniencias de lenguaje cometidas por Pio IX en la defensa de su divinidad. El más vulgar sentido le aconsejaba abste-

nerse de toda intervencion, puesto que se decidían dogmas de su personal interés; mas la ambicion de ver su persona divinizada y la Iglesia católica en él resumida, le poseía de suerte que traspasaba todos los límites y se precipitaba en toda suerte de abismos, perdiendo en el respeto de los conciliares todo cuanto ganaba en seguridad de su victoria obtenida por el terror y por la fuerza. Un dia la tomaba con los conciliadores, con aquellos deseos de no combatir rudamente al espíritu moderno, llamándoles falsos sábios y capitanes ciegos, sin caer en la cuenta de que los conciliadores formaban la mayoría del Concilio. Otro dia mostraba hasta el fondo de su alma gritando que deseaba ser libre como el viento. Ya profería maldiciones contra el mundo, ya rogaba á los fieles que violentasen al Espíritu Santo, y le forzarán á caer en lenguas de fuego y de ideas sobre la frente del Concilio.

Abriase la exposicion de las artes religiosas en uno de los cláustros que avecinan á Santa María de los Angeles, aquella iglesia tan grande que parece un horizonte en alta mar, donde se recuerda á un tiempo la majestad del mundo romano en las gigantescas bóvedas, la inspiracion del mundo católico en los bellos frescos, la vida y la fecundidad de la naturaleza en los sublimes bosques de cipreses. La Iglesia, á pesar de su oposicion á nuestra cultura, entraba en la costumbre de las exposiciones, y el Papa presidía la inauguracion de una de objetos religiosos, acompañando por un grande número de obispos. Con este motivo hubo discurso, porque Su Santidad es un tanto gárrulo, y en el discurso alusiones á las cuestiones candentes. Contábase que uno de los católicos llamados en la Iglesia liberales, y que nos parecen á nosotros en el mundo profundamente reaccionarios, habia dicho que la Iglesia necesitaba un mil setecientos ochenta y nueve, ó sea una revolucion liberal. Y en efecto, si la frase no era cierta, la frase era justa. Muchas gentes de ánimo sencillo esperaban que al venir los obispos de

las cinco partes del mundo, instruidos en las fases de la profunda perturbacion que agita á las conciencias, penetrados de la soledad en que está la Iglesia, cada dia más viuda de Cristo, y ménos esperanzada de una renovacion, se acordarian de los tiempos evangélicos, de las primitivas Asambleas, del sentido democrático y aun republicano de nuestra fé, y obligarian al Papa, como los Estados generales obligaron al rey, á cerrar las puertas de su templo al aire mortal que se levanta del hueco de los sepuleros y abrirlas de par en par al espíritu divino de la libertad. La ocasion era única, los medios muchos, los beneficios seguros, el concurso de todo el mundo moderno indudable, y la ciencia misma no hubiera dudado de la virtud de una Iglesia que supo en el siglo cuarto preparar la educacion de los pueblos modernos y sabia en nuestro siglo completarla. Pero el Papa condenó en aquel momento y con aquel motivo todas estas racionales aspiraciones, exclamando:—«Son una blasfemia.»—¡Blasfemia! Pues también lo era, y grande, para los fariseos y para los escribas de Jerusalem que un mancebo oscuro de Nazareth quisiera destruir el templo del Dios de David, y á la palabra de aquel jóven cayó el soberbio monumento por falta del espíritu progresivo que anima á los siglos; y descendieron los ángeles exterminadores á soplar sobre sus maderas de cedro el aliento del incendio y aventar en el desierto sus apagadas cenizas.

Pero el Papa tiene de su autoridad religiosa la idea que los antiguos emperadores asiáticos de su autoridad política. Le parece inmóvil, indiscutible, sin necesidad alguna de esa renovacion á que están sujetas todas las cosas humanas. Así guarda sus más ruidosos anatemas, sus rayos más olímpicos para esos pobres de espíritu que son osados á llamarse católicos liberales hasta en su divina presencia. Católicos á medias, decía de ellos en cierta ocasion; alzando los hombros con desprecio, y sonriéndose con menospreciativa